

[Handwritten scribbles and a circled letter 'K']

1815

ARTURO ARDAO

FILOSOFIA DE
LENGUA
ESPAÑOLA

ENSAYOS

- H. de los Reyes -

ALFA

Martínez

1863

DIALECTICA DE LA OCCIDENTALIDAD

Lo que hay de conflictual y problemático en las relaciones entre Europa y nuestra América, como entidades culturales, deriva en buena parte de la imprecisión de nuestros vínculos con el concepto de Occidente. Pero deriva también de la imprecisión de este concepto mismo. Oriente y Occidente son conceptos históricamente inestables. De algún modo, se refleja en ellos la relatividad que les es inherente en el orden de la geografía. En cuanto se trata, no de puntos cardinales, sino de divisiones hemisféricas, mientras sur y norte connotan divisiones naturales, este y oeste sólo convencionales. En su aplicación primera, tal convención fue entendida como expresión de la naturaleza, bajo el signo de las concepciones precopernicanas. La relatividad en que cayó después de Copérnico, ha desembocado en situaciones paradójales, como la que hace occidental a Estados Unidos respecto al oriental Japón, cuando por distancias geográficas la terminología más lógica es la inversa. Pero las situaciones paradójales son todavía más curiosas cuando de lo geográfico se pasa a lo estrictamente cultural.

En 1958, en una de sus habituales colaboraciones en *Le Figaro*, el lúcido André Sigfried hacía balance de los grandes aportes de Occidente a la cultura universal, y subrayaba, entre ellos, el del espiritualismo cristiano. Poco después se veía obligado a reconocer él mismo que era éste un elemento de origen oriental, recordando a tal propósito la gráfica expresión de Amiel: "El cristianismo, ese costado oriental de nuestra cultura". Hubiera completado la paradoja recordando al mismo tiempo el origen occidental del materialismo marxista, que un simplificador y vulgarizado esquema contrapone hoy al es-

RELACIONES

2) GEOGRAFIA

3) CULTURA

1- CRISTIANISMO
(ORIGEN EN SU
ORIGEN)

2- MARXISMO
(ORIGEN EN
SU APLICACION)

PARADOJAS:

APORTES DE
SU
ASIA ORIENTAL

piritualismo cristiano como las filosofías respectivas del Este y el Oeste: el asiático Cristo, creador de una doctrina cuyo origen no se explica sino en un cuadro oriental de cultura, sería — en ese esquema — el patrono espiritual del Oeste, mientras el europeo Marx, creador de una doctrina cuyo origen no se explica sino en un cuadro occidental de cultura, sería el del Este.

Las paradojas apenas empiezan ahí. Paradojal es también que cristianismo, mahometismo y judaísmo, categorías religiosas vivamente mezcladas a los conflictos entre occidentalidad y orientalidad, concuerden en referir en definitiva sus respectivos monoteísmos al mismo oriental Dios de Abraham. Paradojal es igualmente que el Estado de Israel, reconstituido en Palestina después de dos mil años sobre un asiento geográfico y religioso oriental, represente allí, bajo otros aspectos, una poderosa cuna occidental introducida en el Cercano Oriente.

Paradojal todavía, en otro orden, es la posición que hoy ocupa Grecia — cuna de la cultura occidental en su sentido tradicional — respecto a los países conductores de Occidente: una posición marginal, en dirección este, no diferente en esencia de la que respecto a los mismos países ocupa en dirección oeste la América Latina. Después de más de tres siglos de dominación turca, que en términos generales coinciden con los siglos de dominación española y portuguesa en América, el moderno Estado griego se constituyó hacia 1830, como el uruguayo, en torno a una Atenas que era más aldeana todavía que el Montevideo de entonces: todas sus instituciones de cultura, su enseñanza, su literatura, su vida universitaria e intelectual, debieron organizarse, como la nacionalidad misma, desde la nada, en un proceso cronológicamente paralelo al del Uruguay, a la vez que muy posterior, en muchos aspectos, al de otras regiones de nuestro continente. La propia recepción del helenismo clásico se hizo allí por la vía indirecta de los centros modernos de la cultura occidental. Excluido el nexo arqueológico, la relación de la Grecia contemporánea con el Occidente es así la misma que la nuestra.

Este resultado, en cierto modo inesperado, de que en diversos sentidos la América Latina comparta hoy con Grecia — llegando por tan opuestos caminos — la misma situación marginal en el cuadro de la cultura occidental encierra su lección. Nos empuja, entre muchos otros hechos, a tomar nota de la condición, inestable o labil, de

concepto de occidentalidad en sus relaciones con el de universalidad. Las tradiciones occidentales de la antigüedad clásica, de la cristiandad medieval y de la Europa moderna, constituyen aportes sucesivos a una tradición universal. De esta tradición universal no son albañales forzados dos o tres grandes países por ligados que estén a nosotros y por maestros nuestros que sigan siendo en tantos aspectos.

Las sucesivas metamorfosis de la cultura occidental no resultan sólo del repetido desplazamiento geográfico en dirección este-oeste de su eje histórico. Resultan además, y sobre todo, de que a ese desplazamiento geográfico ha correspondido una transformación concomitante de sus contenidos espirituales. Transformación y no sustitución, porque ciertos elementos han persistido como esenciales por debajo de los cambios de escenarios y de épocas. Por esa persistencia se afirma la unidad del Occidente a través de todos sus avatares. Y por esa persistencia también se define lo que hay en él de verdaderamente universal, en contraste con tantos elementos accidentales de sus grandes formas históricas.

Articuladas por dilatados períodos de transición, esas grandes formas son cuatro: dos de eje mediterráneo, que corresponden respectivamente a las épocas antigua y medieval, y dos de eje atlántico, que corresponden a las épocas moderna y contemporánea. Bajo el ángulo rector de la filosofía, se expresan esas formas por las llamadas filosofía griega, filosofía cristiana, filosofía moderna y filosofía occidental contemporánea.

El Occidente cultural surge históricamente con la cultura helénica. En la antigüedad clásica, Grecia es, tanto como su cuna, su centro invariable, aun en la época del apogeo imperial de Roma. Por más que el eje político llegue a pasar por ésta, el eje cultural sigue pasando por aquélla. Fruto la propia cultura helénica de la confluencia de muy diversas corrientes, su definición esencial se halla en el genio racionalista de su creación artística y filosófica. En ese genio, precisamente, radica el gran punto de referencia de toda ulterior manifestación del espíritu occidental.

La segunda forma histórica del Occidente está constituida por la cristiandad medieval. El eje sigue siendo mediterráneo, pero se ha desplazado de Grecia a Roma. La Roma del Imperio sólo pudo desplazar el eje político. La Roma de la Iglesia desplaza ahora el eje cultural.

1) Honorarios
Dios
de cuna
en
cristianismo
monoteísmo
mito griego

2) Grecia,
su posición
marginal
actual

3) Grecia
a la
de la
cultura

DESPLAZAMIENTO
ESTE - OESTE
DE SU EJE
HISTÓRICO.

I. EST
NOA REINVENTE

12 6 22

22 CUNO MARGINAL
DE LA CULTURA

Si la variante es de escasa entidad en términos geográficos, es, en cambio, revolucionaria en el contenido espiritual. Protagonista del Occidente no es ya el helenismo, sino el cristianismo. O sea, paradójicamente, un elemento de oriundez oriental. El Occidente no sólo se incorpora este elemento oriental, sino que lo lleva a un primer plano, por lo mismo que resultaba de su conversión religiosa, al triunfar y consolidarse la Iglesia fundada por el asiático San Pedro. Nada más se necesitaba para que el Occidente geográfico dejara de serlo desde el punto de vista cultural, si no hubiera sido por la asimilación que a cierta altura el cristianismo hace de la filosofía griega.

Helenismo y cristianismo tienen dos fundamentales encuentros históricos: uno de acento religioso, cuyo gran protagonista fue el oriental San Pablo, en el siglo I; otro de acento filosófico, cuyo gran protagonista fue el occidental San Agustín, del siglo IV al V. En el primero, la religiosidad cristiana se impone sobre el moribundo paganismo clásico; en el segundo, a la inversa, la filosofía helénica impone sus categorías al pensamiento cristiano.

En el encuentro paulino hubo un asomo de síntesis, que no podía durar y no duró. Rodó lo ha evocado con nostalgia en Ariel: "Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, a Tesalónica y Filipo, y el Eynagello, aún puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales en las que el sello de la cultura helénica mantenía una enantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la historia iban a enlazarse para siempre. En el estallo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco".

En el encuentro agustino, en cambio, cuando no ya la caridad se heleniza, sino que la filosofía se cristianiza, este otro consorcio estará llamado a una larga vigencia histórica. Y es merced a él que la continuidad del Occidente queda asegurada, desde que la llamada filosofía cristiana fue, en realidad, más que una cristianización de la filosofía, un intento de racionalización filosófica del cristianismo.

Por una nueva paradoja de la historia, ese desquite y salvación del Occidente tuvo su culminación en África

y fue la obra por excelencia de un africano. "Maestro de Occidente", "Primer europeo", son dos títulos que, entre otros, le han sido dados a San Agustín. Sin embargo, nació en Tagaste y cumplió lo principal de su carrera filosófica en Hipona, dos ciudades de Numidia, la actual Argelia. En ese mismo suelo argelino, escenario en nuestros días del sangriento choque entre franceses y árabes — occidentales y orientales en sentido histórico, aunque en rigurosa geografía el Magreb, "país del Oeste" en árabe, se extiende aún al oeste de Francia —, se decidió hace mil quinientos años la más honda integración cultural de Oriente y Occidente que se haya producido nunca. Fue allí, en el Norte de África, por obra de San Agustín, y no en la Atenas a la que San Pablo quiso revelar cuatrocientos años antes la identidad del "Dios desconocido", donde el verdadero encuentro de Jesús con Sócrates tuvo lugar. Encuentro decisivo en el pensamiento de un cristiano norafricano del oeste, largamente preparado por muy diversos empeños patristicos, pero sobre todo por las obras de un judío y un gentil norafricanos del este: los, cada uno a su modo, platónicos alejandrinos, Filón y Plotino (1).

Jesús y Sócrates, el helenismo hebreo y el racionalismo helénico, irradiados desde Jerusalén y Atenas, las dos capitales espirituales del mundo antiguo, una en Oriente, la otra en Occidente; tal la síntesis de que resultó la segunda gran forma histórica de la cultura occidental, con eje mediterráneo en la Roma de la Iglesia. Una reválida de esa síntesis, por el simultáneo regreso a las fuentes de uno y otro de sus términos, determinará la tercera forma, el tercer concepto histórico de Occidente, representado por la modernidad, con eje ahora atlántico.

El Renacimiento y la Reforma constituyeron sendas renovaciones de la tradición helénica y la tradición bíblica, por la vuelta respectiva a los textos clásicos de Grecia y a los textos sagrados de Palestina, al espíritu de Atenas y al espíritu de Jerusalén. De ahí resultó el Occidente moderno, a menudo entendido como la Cultura

(1) Otra forma de "salvación del Occidente", luego de cristianizado, tuvo lugar en suelo de España, en la lucha contra los árabes, del siglo VIII al XV. Sin embargo, también paradójicamente, el Apóstol Santiago, conductor ideal de los occidentales reconquistadores, presuntamente enterrado en la occidentalísima Compostela, era tan asiático y oriental como el Profeta Mahoma, conductor ideal del adversario.

Encuentros
helenismo -
cristianismo
1- protagonista
el oriental
Pablo
2- protagonista
el occidental
San Agustín

II - EJO
Atenas
2. Occidente
norafricanos

Alemania del Oeste; otro, rubicundo en Gran Bretaña y Estados Unidos. Pero el tercer imperio filosófico contemporáneo, el del Este que incluye nada menos que a la antigua Korniksborg, la ciudad de Kant), es, derivado en Rusia, deriva doctrinariamente en línea directa de aquella misma filosofía clásica moderna, en las tradiciones del filosofismo del siglo XVIII y de los Hegel y Marx del XIX. Estas tradiciones, esas mismas, se entroncan con anteriores del Occidente, a partir de la fuente helénica originaria. De ahí surge, la cultura occidental en su cuarta forma histórica, o sea en su forma atlántica de hoy, se ve en el caso de contemplar la cabal universalización planetaria de valores que ella misma había creado en sus formas precedentes

En ciertos planteamientos actuales de filosofía de la cultura y de filosofía de la historia — en el campo de la filosofía americana — la cuestión de las relaciones entre Europa y América se sigue encaramando como la expresión de un conflicto. La cuestión misma, en cambio su sentido tradicional ante la verdadera universalización y, en definitiva, transformación dialéctica del concepto histórico de Occidente? Y en la dinámica de esa transformación, la perspectiva asumida por el pensamiento euroamericano de lengua inglesa, no es un motivo de reflexión para el pensamiento euroamericano de lengua española?

(1990)

Occidental por excelencia. El centro se trasladó a la costa este del continente. Francia, Inglaterra, Alemania, serán los tres principales países conductores de esta nueva expresión de cultura que, más que ninguna otra, encarna el espíritu europeo como espíritu universal. Occidentalidad, modernidad, europeidad, universalidad; he ahí cuatro términos que van a funcionar históricamente, durante cuatro siglos, como acunaciones unos de los otros. A ese nuevo desplazamiento geográfico del eje de Occidente corresponde un nuevo sentido de sus valores espirituales. La filosofía lo interpreta bajo la forma de la llamada filosofía moderna, una filosofía secularizada, sustituyendo a la medieval filosofía cristiana, en cuyo seno se va implícita, con más fuerza todavía que en la precedente, la condición de europea. Naturaleza, razón y libertad, en las respectivas esferas del ser, el conocimiento y la acción, serán sus ideas capitales. Y es por la función dinámica de esas ideas que la modernidad occidental define los rasgos más agudos de su perfil histórico. Desde la creación y expansión de la ciencia y la técnica, a la revolución democrática en la existencia política y social. Serán también esos rasgos los que caracterizarán al Occidente las más efectivas notas de universalidad que haya alcanzado a través de la historia.

Asistimos ahora, en nuestro tiempo, al advenimiento de la cuarta forma histórica de la cultura occidental. Nuevamente el eje geográfico se ha desplazado hacia el oeste, siguiendo siendo atlántico como en la forma anterior, pero no ya europeo continental, sino oceánico. Norteamérica se suma a la condición de centro de Occidente. En América, norte se convierte en el verdadero eje de este. Europa y Norteamérica, cada una a su modo, asumen la dirección conjunta de la cultura occidental, trasladada al llamado mundo del Este por las gigantescas tensiones contemporáneas, que son, en un primer plano, políticas y militares, económicas y sociales, pero que en otro más profundo son también culturales y filosóficas.

Curiosamente, empero, el actual contraste cultural entre el Este y el Oeste se produce en torno a valores y filosofías que son todos, en lo que tienen de polémico, de procedencia occidental. A la filosofía occidental contemporánea, sucesora de la moderna ya clásica, se la ha podido considerar repartida en los tres grandes imperios filosóficos que, como en el siglo XIX, distingue Ferrater Mora en el XX: uno, ubicado en Francia y

(4)
 Europa
 y América
 del Norte
 y del Sur
 contemporánea